

RETRATOS DEL VALLE

EN DONOSTI, EN EL OTOÑO DEL AÑO DEL BUHO

Lekutxu

Maya era la vida total. La vida de Dasa y la vida de todos los hombres, todo era Maya a los ojos de aquel viejo yoguí. Juego, apariencia, espuma, sueño, Maya. Toda la belleza y crueldad, todo el encanto y desesperación de una vida, con sus ardientes delicias y sus ardientes dolores, eso es Maya.

(El hindú. Hermann Hesse)

Nuestros pies avanzan vacilantes golpeando una y otra vez las piedras del camino. Se quejan de su suerte en las tinieblas de la noche; pies aún fríos que en los próximos pasos volverán a sentir la punzada del dolor.

Hemos dejado hace un rato el último barrio del pueblo que ha quedado sumido en esa neblina de una noche tranquila y en ese calor de una vida que se va a mantener dentro de cada caserío hasta el próximo amanecer.

Detrás de mí, Nerea, con menos costumbre en estas aventuras nocturnas, tiene más dificultad en intuir el camino y por un momento ha mostrado su fastidio:

—¿Para qué seguir así? Con lo cerrada que está la noche es imposible acertar con la borda para dormir.

Creo recordar con seguridad todas las escenas hasta el pantano. Es el camino entre helechos y castaños; luego nos paramos en el barranco para beber agua y allí empieza a empinarse la senda entre el bosque de hayas. Llegando al pantano, el camino se vuelve en un agradable paseo. Creo que sí, llegaremos en un par de horas.

Nos falta el calor y la alegría de la luz. Y la noche se convierte en el reino de los sonidos. El chapoteo de nuestras botas en el barro que ha crecido con las lluvias de los días pasados. El grito de algún pájaro nocturno en la alegría de ver el ratoncillo atrapado entre sus garras. Una rama que se desprende con los primeros embates del viento.



El mundo de los sentidos se ha convertido ahora en un continuo rascar la piel de este esquelético hayedo.

Y luego, cuando ya llegamos al bosque de hayas, nuestros pies descansan pateando el mullido colchón de hojas recién abatidas por el otoño. El mundo de los sentidos se ha convertido ahora en un continuo rascar la piel de este esquelético hayedo. Hayedo desnudado por los vientos del otoño. Vientos que, ya cuando llegamos a orillas del pantano, nos traen las primeras rachas de lluvia.

—Menos mal que hemos acertado con la borda. Se prepara una noche de perros.

Nerea agradece el cobijo de este sencillo refugio de ovejas, y pronto en nuestros acogedores sacos nos va inundando el tiempo de los sueños. El cansancio de la subida da reposo a nuestros pensamientos.

Fuera, la noche empieza su batalla con el aullido del viento que sopla entre las



*La soledad me
deja al descubierto
con lo que soy
y con lo
que puedo.*

hayas y el estallido de la lluvia sobre el colchón de hojas resacas.

EL DIOS BLANCO

Son ya bastantes horas que llevo pateando esta nieve medio dura que ha conseguido poner en tensión todos los músculos de mis piernas.

Tras la euforia de las primeras horas de la mañana, mi cuerpo se ha convertido en una máquina que traspira calor y avanza lentamente un pie que rompe la costra endurecida de la nieve y vuelve a perder el resuello a medida que mi bota se va hundiendo en la nieve blanda.

El crujir del hielo en cada paso es el

único sonido en esta explosión de blancos que apaga toda sonoridad. El día no ha quedado despejado del todo, pero me permite ver nuevos collados y nuevas cumbres de blanco brillante que filtran una sensación de eternidad en mi espíritu. Es el reino de la luz. La quietud del ambiente es embriagadora, pero tantas y tantas horas de monótonos blancos han hecho efecto en mi cuerpo y en mi mente que se han contagiado de esta monotonía agotadora.

Estoy solo. Esto me cuesta un esfuerzo continuo en el penoso caminar, pero me permite chocar mis fuerzas con este gigante de hombros y brazos de nieve blanca. La soledad me deja al descubierto con lo que soy y con lo que puedo.

ORGIA DE VERDES

Nos ha despertado la explosión de trinos del bosque que ha llegado con las primeras luces del amanecer.

Quien, como hoy en esta noche maravillosa de primavera, ha dormido en pleno corazón del bosque, sobre un colchón acogedor de hojas y cubierto por las estrellas, recuerda esta sensación esplendorosa de una vida animal que se desata en instantes breves pero muy intensos.

Yo me imagino a todos los pájaros aún en sus nidos, en las oquedades de un tronco donde han pasado la noche, esperando este momento grandioso que se repite cada mañana. Están llenos de vida y de esperanza por el nuevo nacimiento. Van a estallar en sus cánticos como culto al nuevo día. Esperan como un gigantesco coro repartido de árbol en árbol. Coro atento a la señal de entrada a este canto de vida.

El sol naciente es el director del coro. Los primeros rayos son su batuta. Y cuando hacen su aparición, cada habitante de este mundo de seres diminutos estalla en un frenesí de sonidos y danzas. Tienen que manifestar todo lo que llevan dentro; su alegría, su esperanza, su libertad, sus luchas, su vida.

Y cantan. Y bailan.

—¡Venga! ¡Arriba! Se está a gusto en los sacos, pero la travesía es larga. ¡Arriba!

En el camino se mezclan bosques de hayas con la frescura de sus brotes recién estrenados, y extensiones de limpios pastos donde disfrutaban su libertad ovejas, vacas y caballos. Es una orgía de verdes y de vitalidad.



*... no sé si ha sido el susurro del arroyo,
la corriente de agua que se ha llevado
poco a poco nuestros pensamientos,
o el calor de la mañana
templando nuestra piel.*

En nuestro deambular a través de los bosques nos hemos encontrado con una diminuta choza, pila de troncos, ramas y barro que a modo de pirámide se apoyan sobre un viejo y derrengado tronco. Quizás ha servido de refugio a algún pastor por una sola noche de tiempo borrascoso, pero nuestra imaginación y la serenidad del paisaje nos han hecho ver el retiro de algún santón oriental en medio de esta catedral de verdores y centenarios pilares.

Más tarde el bosque se ha abierto en una limpia campa donde los pastores han levantado sus bordas. El caminar por esta alfombra de fina hierba y musgos se ha convertido en una sensación de volar. No tocamos la tierra. Volar y libertad, como los pajaritos que nos han despertado esta mañana.

La generosidad de la primavera ha regado este fresco manto con flores de todos los colores. Y luego, llegando a un riachuelo que escurre las vivas aguas de las cumbres vecinas, damos un descanso a nuestros fatigados cuerpos.

Mientras vamos sacando de las mochilas y dando buena cuenta de algún bocadillo y unas frutas secas, nuestros cuerpos se han ido reclinando buscando el descanso de la tierra. Las flores se han arremolinado en tropel en las cercanías del arroyo y parece como si quisieran arrojarse sobre las corrientes de limpias aguas. Es un mundo de colores, de alegría, de libertad.

Luego, no sé si ha sido el susurro del arroyo, la corriente de agua que se ha llevado poco a poco nuestros pensamientos, o el calor de la mañana templando nuestra piel. Y hemos sentido que nos elevábamos y perdíamos peso y nos marchábamos volando, volando, volando...

COLLADO, MAYA

Extenuado por el calor del mediodía avanzo muy lentamente los últimos pasos hacia el collado. Collado... alegría... descanso... En otras condiciones este último esfuerzo habría sido un paseo, pero mi cuerpo se rebela agotado por las horas y horas de caminata de los días pasados.

Es todo un dolor que me invade de arriba a abajo. Pero ahí está el collado; y tengo que llegar... ¡tengo que llegar! El aire que respiro me sabe a sudor y las entrañas, reseca de toda sustancia y del agua que han consumido bajo el calor bochornoso, agotan ya sus últimas reservas.

No son ya más que las fuerzas de la voluntad y el anhelo, las que me empujan con infinita lentitud hacia el ansiado co-

llado.

Y de pronto me siento muy solo en esta lucha contra el agotamiento y el esfuerzo inacabable. Y siento que estoy pagando un precio muy caro por esta angustiosa soledad. Collado... descanso... collado... descanso...

¡Eh! ¡Paña algo!

¡Pasa algo que no acierto a explicar!

¡No estoy solo! ¡Otros cuerpos también agotados me acompañan corriendo en esta prueba inacabable hacia el collado, hacia la meta!

¡Cómo no me he dado cuentas antes!

¡Claro, el Marathón!

¡Estoy acabando los últimos metros del Marathón!

¡Cómo me he podido equivocar! El deambular de las estaciones en mi querido valle por este continuo trotar por las calles de Sorjín.

No ha sido ese mundo de sonidos sobre las hojas secas de hayas, ni el barro de las últimas lluvias; han sido mis zapatillas golpeando una y otra vez con ritmo ensayado el asfalto y las aceras de este pueblo de pescadores y aldeanos.

La alegría, vitalidad y lucha que han puesto nuestros cuerpos volando en primavera ha sido la euforia de esos kilómetros de la carrera en que el equilibrio del cuerpo nos empuja a correr horas y horas...

Pero las monótonas horas del pisar y pisar nieve y volver a pisar la costra de hielo nos han alcanzado en esa sensación de habernos convertido en una máquina que corre y corre y que ha sido entrenada sólo para ello. Un paso y luego otro... y otro... y otro... Cansancio del cuerpo, pero

sobre todo monótono machacar de la mente.

Mundo de los colores y de la luz de nevadas cumbres. Danzas de pájaros llenos de vida. Han sido tantos y tantos compañeros metidos en esta misma prueba, con sus camisetas y zapatillas de vivos colores y saltando continuamente en esta danza de vida hacia el collado... cumbre... meta... Con sus luchas, sus alegrías, su esperanza.

Y han llegado las horas de soledad, ante el esfuerzo sin sentido de horas y horas de probar mi cuerpo en este baile de voluntades. En el cansancio de los últimos metros, es la voluntad la única que empuja mi ser. La fuerza de la voluntad es lo único que prevalece. Es una carrera de voluntades.

¡Pero no! No estoy solo. Siento los gritos de ánimo de todos esos que han acompañado nuestro paso por los caminos de Sorjín. Gritos en Sorjín. Sorjín, esa lengua extraña con la fuerza que ahora necesito para recorrer los últimos metros.

Nos hemos convertido en un solo equipo en el que todos vamos a ganar. Todo nos empuja a llegar al final. Sin competencias, sin rivalidades, sin perdedores.

Me adelanta un compañero y en el jadear del agotamiento le he oído un grito de vida, de libertad. ¡Aupa! ¡Ya llegamos!

Y ahora más que nunca siento una fuerza de mil voces que me acompañan estos metros hasta el collado. Ya no hay cansancio, me sobran fuerzas, lo hemos conseguido.

Y llego volando... volando... volando...

Collado... meta... descanso... libertad... libertad... libertad...



*Y ahora más que nunca
siento una fuerza de mil voces
que me acompañan estos metros
hasta el collado.*